

José Manuel de la Huerga

# Pasos en la piedra



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© José Manuel de la Huerga, 2016  
© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016  
© de la ilustración de portada (*Los días santos*), Rafa Vega

ISBN: 978-84-15740-32-2

Dep. Legal: P-36/2016

Diseño de colección: ECHEVE  
Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO  
Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis padres*

«Jesús es de todos.»

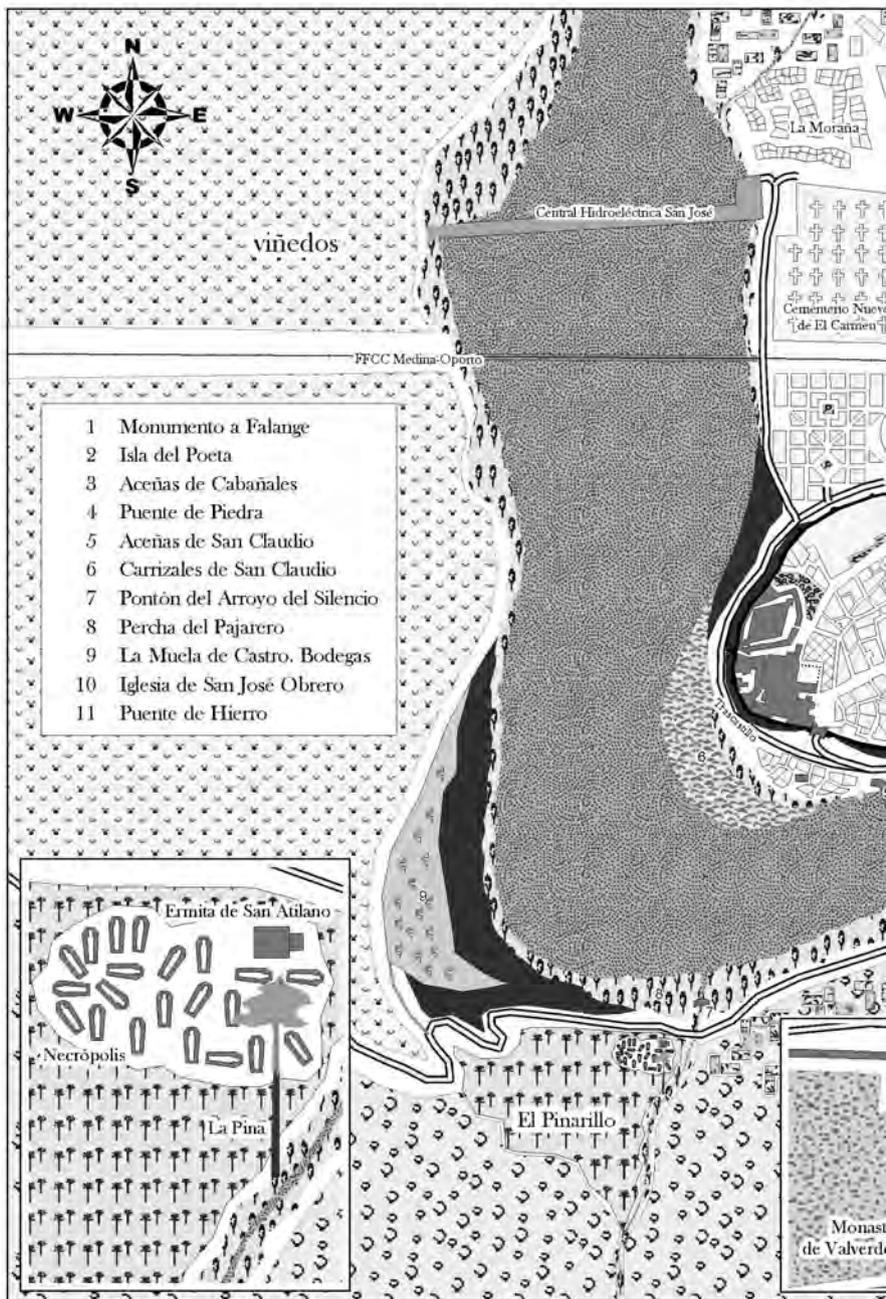
KATY MONTES

«En España  
todas las primaveras viene la muerte  
y levanta las cortinas.»

FEDERICO G. LORCA / JOSÉ VAL DEL OMAR

«Pero tiene que haber habido alguna vez un  
paraíso.»

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO



viñedos

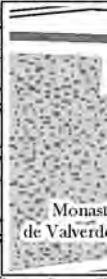
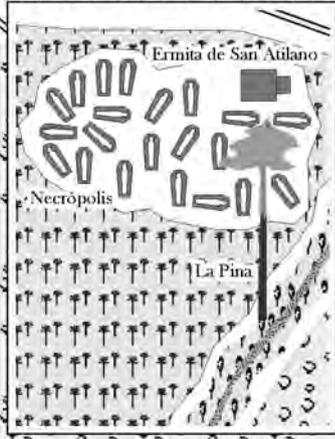
Central Hidroeléctrica San José

FFCC Medina-Oporto

- 1 Monumento a Falange
- 2 Isla del Poeta
- 3 Aceñas de Cabañales
- 4 Puente de Piedra
- 5 Aceñas de San Claudio
- 6 Carrizales de San Claudio
- 7 Pontón del Arroyo del Silencio
- 8 Percha del Pajarero
- 9 La Muela de Castro. Bodegas
- 10 Iglesia de San José Obrero
- 11 Puente de Hierro

La Morana

Cementerio Nuevo  
de El Carmine



# Barrio de Piedra



errio de Santa Maria  
Huerta de los Frailes

Dehesa  
de  
Cabañales

Monteviejo

Viaducto

Avenida del Duero

Plaza Mayor

Paseo de los Tres Arboles



- 1 Catedral y Obispado (Museo de Arte Sacro)
- 2 Castillo (Capitanía)
- 3 Mirador de Oporto
- 4 San Claudio de Olivares
- 5 Mirador de Troncoso
- 6 Colegio de los Frailes
- 7 Estación de San Beto
- 8 Ruinas de San Beto

- 9 Vivienda de Tapias
- 10 Iglesia Penitencial de la Vera Cruz
- 11 Iglesia de la Magdalena
- 12 Iglesia de San Blas
- 13 Palacio de Justicia
- 14 Los Cuatro Cantones
- 15 Iglesia de San Martín
- 16 Colegiata de Santa María



La primera luna llena de primavera lleva corona de espinas. Se parece al anillo de un planeta. Hay un pájaro solitario capaz de remontar el vuelo hasta su altura y arrancarle la espina más honda.

En ese instante se desatan tormentas de nieve y lluvias torrenciales, soplan los vientos más gélidos o bajan nieblas espesas a ocultar el río. Pero también se abren islas de sol que despiertan a las flores.

Los habitantes de Barrio de Piedra lo olvidan de un año para otro y en esos pocos días enloquecen. Visten ropas de penitente o andan medio desnudos azotándose el cuerpo. Comen en abundancia o ayunan hasta matarse. No duermen. Caminan descalzos la noche entera. Aporrean tambores, desafinan cornetas, mecen pasos al son. Se encienden historias de amor apasionado o se declaran guerras cainitas de armisticio dudoso.

Y dicen que todo esto lo causa una sola espina, la que cada año, puntualmente, el pájaro solitario le arranca a la primera luna llena de primavera.

**MIÉRCOLES**

Sería un plano general lento, extremadamente lento, un barrido entre dos luces que abarcara desde lo alto del Puente de Hierro y fuera rastreando la orilla izquierda del río —Monteviejo, la Huerta de los Frailes, el Pinarillo y la ermita de San Atilano—, se detuviera un momento en el centro de la corriente, con su reflejo de luna espejeando más allá del Puente de Piedra, y regresara por la otra orilla, desde la Catedral y el Castillo, contorneando el caserío que acababa de encender su alumbrado mortecino —las murellas desdentadas, las callejuelas empinadas en torno a San Blas y San Martín, la Colegiata— hasta detenerse mansamente en el punto de partida donde los dos amigos se habían apostado.

Germán Ojeda rodaba un documental, sin cámara... Contaba a su amigo, el alemán Peter Gesteine, la secuencia al detalle, con tal efusión de gestos que conseguía suplir las limitaciones verbales. Así, con ese plano panorámico larguísimo, de casi dos minutos, comenzaría la película que desde la adolescencia llevaba en la cabeza. Peter, mientras, se había colocado tras su cámara fotográfica Leica, real, y, queriendo registrar al amigo en faena, enmarcó su rostro en el lado izquierdo del encuadre, con la Huerta y el río al fondo. El modelo, sumergido en el esfuerzo de una toma

magistral que no necesitaría montaje, no se percataba de la intención del alemán, cosa que habría desautorizado. La falta de luz, sin embargo, aconsejó al fotógrafo ahorrarse el disparo.

Llevaban en Barrio de Piedra desde la noche anterior. Habían entrado en la ciudad por ese mismo puente. El mecánico, orgullo de la ingeniería de algún discípulo de Eiffel, mantenía un doble servicio: uno superior para el tren y otro inferior para el resto del tráfico rodado, viandantes y otros medios más tradicionales —carros y monturas— que todavía, de vez en cuando, circulaban.

Germán, en un alarde temerario, había conducido a su invitado, algo bebido —¿quién, los dos?—, a la parte superior del viaducto, la ferroviaria. Las vistas de la ciudad al anochecer eran insuperables. Andaban peligrosamente agarrados a las vigas de hierro oxidado, con el oído atento a la llegada del expreso, el mismo en que habían viajado la noche anterior.

Desde Madrid habían echado la tarde en aquel convoy recalcitrante que se había detenido en todas las estaciones provincianas, en cada apeadero perdido en la Meseta. Habían padecido —era el promedio de las cuentas discutidas entre ambos— un total de cuarenta y siete paradas, con sus consiguientes frenazos y arrancadas. Habían recibido y despedido, educadamente, gozosamente en un principio, a viejos que regresaban de los médicos de la capital, chicas de servicio que volvían a sus pueblos, alguna familia numerosa, sin cabeza las más, que acudía a pasar las vacaciones de Semana Santa a sus poblaciones de origen.

Germán se saturaba pronto del estudio sociológico y cada cierto tiempo abría un libro subrayado al que ahora

sembraba de esquinas dobladas. Parecía entonces que, embebido, llegaba a una idea apasionante que intentaba exponer al compañero de viaje. Resultaba agotador aquel trasvase de pensamientos, con un abismo de palabras de por medio. Levantaba entonces la mirada y buscaba inspiración en el techo. Pero el vecindario, que observaba a los universitarios entre la curiosidad y la desgana, empujaba nuevamente al español a sumergirse en la lectura.

El tiempo se dilataba sobre los raíles, adensaba la mirada en el paisaje infinito. Peter ni se lo figuraba a pesar de las advertencias, pero el viaje iba a resultar una inmersión en el pasado del país, cuarenta o cien años hacia atrás. En Atocha, Germán se lo había intentado explicar, pero este no lo empezó a comprender hasta la tercera hora de viaje, cuando sus risas flojas de sorpresa ya no encontraban colchón donde caerse muertas, entre la indiferencia fingida de los aldeanos que atestaban el compartimento.

Germán y Peter no podían pasar desapercibidos entre la parroquia que los visitaba. Sus melenas, morena una y rubísima la otra, sus barbas jóvenes, nacidas a corros aún por cerrar, sus jerséis de lana andina, sus pantalones vaqueros, sus macutos militares reutilizados y el libro —¡un libro!— uniformaban a dos universitarios capitalinos que pregonaban a voz en cuello un regreso limitado, seguramente para pasar aquellos días en la ciudad de origen del moreno, el de menor altura. El rubio extranjero, que le sacaba bien a gusto dos cabezas —habría que verlos de pie, uno junto al otro, como una pareja cómica—, era un puro ojo interesado detrás de unas gafas redondas. Llevaba la cámara Leica desenfundada, tan atenta como su dueño. Así, entre miradas furtivas de los unos sobre los otros, fue

oscureciendo y con la pérdida de luz la concurrencia se fue diluyendo en los penúltimos apeaderos de la provincia eterna. Los urbanitas los despedían con ligeros toques de cabeza, pues habían adquirido billete hasta el final de la atracción de feria.

Barrio de Piedra, estación término: la última ciudad, pequeña, amurallada, al oeste de la Meseta Norte, antes de salirse del mapa y mostrar el pasaporte, con un «obrigado» como respuesta del agente de aduanas. Fueron los únicos en bajarse en la estación de San Bento. La encontraron vacía, como si los relojes marcaran una hora intempestiva en la madrugada. Pero antes de abandonar las vías bajo la marquesina modernista, la máquina de Peter registró los cuatro murales azulejados del recibidor central, maravilla encargada a los vecinos portugueses. Uno contaba la historia del guerrero luso que trajo en jaque a las cohortes romanas hasta la traición de los suyos. El siguiente, el reparto del mundo entre castellanos y portugueses, allá cuando el globo era circunnavegado bajo la bandera de sus imperios y el orbe entero doblaba la cerviz ante sus férreos dictámenes. Un tercero glosaba la hazaña nacional de bandoleiros sobre jacas, apostados entre riscos y encinares, volviendo locos a unos gabachos invasores que huían despaavoridos. Y el cuarto, cómo no, se enseñoreaba con sus callejuelas atestadas de santos llevados a hombros ante la devoción popular de una ciudad que sentía los días de pasión como su auténtica fiesta.

A la salida, los movimientos mínimos, instintivos, de compartir un cigarrillo sin palabras, pusieron un poco de luz a la fachada del edificio principal. El oriundo prefirió conducir al invitado por calles menos expuestas que las

del casco viejo. De haber optado por bajar hasta la plaza Mayor y tomar luego por San Atilano, raro hubiera sido no haberse topado con algún conocido que enseguida habría hecho correr la voz de la llegada del insigne hijo de la villa. Germán tomó por calles alledañas a Ronda de la Estación, entre los lienzos leprosos de la muralla vieja y casas de vecindad iluminadas por una minúscula bombilla en cada portal. Los programas de la radio y la televisión se mezclaban con los pasos clandestinos de los recién llegados y los gritos extemporáneos venidos del interior de las viviendas. El estudiante de cine no podía evitar imaginar unas cuantas tomas documentales de aquellas callejas descarnadas que, de filmarse, casi le habrían obligado a cambiar el apellido por alguno italiano, asunto con el que ya había fantaseado más de una vez.

Nadie apenas por la calle. Solo el batallón, en perpetua desbandada, de perros y gatos vagabundos, que cruzaban miradas hurañas a su encuentro. Aquel ganado que huía permanentemente de un territorio que no se cansaba de marcar con sus orines fue lo primero que llamó la atención del alemán. Botellas de butano hacían guardia en los portales, junto a montañas de basura en bolsas que esperaban la recogida de madrugada de los servicios municipales. La ropa permanecía tendida a la vía pública a perpetuidad, de pared a pared. Sábanas infinitas peinaban la melena del altísimo extranjero.

Germán señalaba detalles al recién llegado, apenas sin palabras. Atravesar aquellas calles en penumbra resultaba como bosquejar un sueño pegajoso de telas y humo. El visitante callaba y registraba cada novedad en el primer recorrido apresurado hasta la vivienda familiar del español.

Los olores de los caldos nocturnos, el de la tortilla francesa y la leche con colacao fueron debidamente identificados por Germán Ojeda, al que un abismo en el estómago le iba anunciando, inevitablemente, la cercanía del hogar.

Nadie había acudido a recibirles. La sorpresa formaba parte del protocolo de seguridad en la estrategia del estudiante capitalino. Se presentarían en casa, en el número 67, tercer piso, de la calle San Atilano, en el puro cogollo de Barrio de Piedra, y las risas histéricas, las lágrimas, los hipos y compunciones de la madre serían un excelente testimonio sociológico para la tesis doctoral del amigo alemán.

Efectivamente, cuando la señora fue informada de la buena nueva por el personal de servicio y salió abrochándose la bata larga de las visitas, haciéndose cruces y trastabillando, los universitarios llevaban en el cuerpo la paliza de siete horas de viaje, desde la casilla de salida en el piso de estudiantes donde se conocieron. Y aún les faltaba el juicio sumarísimo ante las instancias maternas competentes.

Una voz de alarma general recorrió la casa y su actividad sísmica fue registrada en el cuarto más recóndito. Había que preparar en tiempo récord una cena de alto copete que encontrara un raro equilibrio entre lo autóctono y lo cosmopolita. Por eso, cuando doña María Eugenia, sentada en el saloncito de recibir con la inesperada visita, atendió el bisbiseo a su oído bueno de la cocinera que consultaba la duda del menú, no pudo por menos que saltar contrariada, en alta voz:

—Ay, hija, sopas de ajo, no. Pero qué cosas tienes. Qué va a pensar este chico tan majo que viene de tan lejos...

Entonces a Germán le habría gustado haber contradicho a su madre. «Sí, mamá, justo eso, sopas de ajo. Comida

de pueblo. Quiero someter a Peter a una inmersión completa en lo mejor de las tradiciones de Barrio de Piedra.» Pero calló. Porque el silencio con sus padres, en casa, venía siendo la tónica habitual desde que había ingresado en la adolescencia, y ese tampoco habría de llegar a ser en el fondo motivo para romper su propio pacto.

Doña María Eugenia ya les estaba organizando un programa de actos al minuto que debería comenzar, obligatoriamente, por rezar la primera estación de penitencia en la barbería de Toño González, allí cerca, enseguidita, porque, aquí, en Barrio, todo está a mano. Y estuvo tentada de mandar a una chica del servicio al establecimiento, para informar de que se esperara, pero, quién sabe ese mochuelo, estos días..., seguro que ya ha volado a ensayar con la corneta, habrá que reservar para la primera hora de mañana, Miércoles. Y es que estos chicos, con esos pelos, no podían pasear de ninguna de las maneras por las calles, entrar y salir de las iglesias, cruzarse con todo perro pichi-chi y ser punto de mira de la cristiandad al completo, hasta la Semana Santa del año siguiente, como poco. Y porque aún no había llegado el padre, don Germán Ojeda, homónimo del unigénito, que precisamente se encontraba en una reunión con los demás miembros de la Junta de hermandades en el Círculo de Recreo, allí cerca, enseguida, que ya vería este buen mozo —¡tan rubio, tan guape-tón!— que todo estaba a un paso en Barrio de Piedra, papá, sí, miraba incrédula y feliz para el hijo, que, como bien sabes, anda ultimando detalles para las noches santas que se avecinan, y qué bien que te hayas dejado caer por aquí, Germanito, hijo. Ni te esperábamos... Pues menos mal que aún no ha llegado tu papá, que cuando los viera

a lo mejor era capaz de vestir el traje militar, el de gala, y meterles un paquete de mírame y no te menees a ese par de reclutas novicios, nenazas consentidas de mamá, los melenudos, que vaya modas eran esas, y en su propia casa... Pero esto solo lo pensó. Tan alto, eso sí, que su hijo le leyó el pensamiento.

Germán estuvo tentado de interrumpir a su madre y notificarle que Peter llevaba apenas tres meses en España y, a la velocidad a la que hablaba, ronroneando palabras, no se estaba enterando prácticamente de nada de su verborrea. Pero prefirió callar —nuevo silencio— y reservar fuerzas para la cena que se avecinaba.

Tuvieron suerte, sin embargo. Doña María Eugenia decretó, dadas las circunstancias, cena informal en el *living* —que así lo llamaban todos en la casa, incluido y sobre todo el servicio— junto a la cocina. Y luego, hala, hala, rápido a vuestro cuarto, que tendréis que hablar de vuestras cosas y descansar. Y así, con un poco de suerte, el gobernador civil, o sea tu padre, aparece a las tantas y un poco cocido, bueno, cocido, cocido, no, chispilla, eso, mejor chispilla, que ya se sabe cómo empiezan las reuniones de las hermandades, y también cómo suelen acabar. Y así, mañana, bien tempranito, nenes, se van ustedes dos y se presentan a las diez en punto en la barbería de Toño González y se me quitan esas lanas de Juanlanas que me han traído, que no sé yo, Germán, hijo, con quién me andas tú por Madrid, en qué compañías, y si me vas a sacar Derecho, como nos habías prometido a tu padre y a mí, precisamente tal día como hoy de hace dos años.

Germán miraba a su madre servirse embutido casero con cuchillo y tenedor, de una bandeja de acero inoxidable-

ble en el centro de la mesa, mientras él lo hacía con la mano y Peter, intentando agradar a ambas partes, se lo servía con el instrumental de mesa, pero, una vez en el plato, daba cuenta del producto metiendo dedos, y a dos carrillos lo iba degustando, con verdaderas ganas.

El heredero se sentía extraño en su propio hogar. Una mezcla de indignación consigo y con la vida le impidió paladear la tortilla de patata poco cuajada que la cocinera de la casa le regalaba cada vez que el chico reaparecía. Germán estaba de cuerpo presente, con piloto automático, se diría más modernamente. Su cabeza andaba muy lejos del soniquete materno. Los últimos días en Madrid habían pasado deprisa, demasiado plagados de acontecimientos que se precipitaban al abismo: la muerte violenta de Yolanda, una camarada que conocía de oídas, pero íntima de Chelo —su más que amiga—, otra más caída en acto de servicio, y ya iban unos cuantos; la disolución fulminante de la célula en la que estaba a punto de ingresar; la sugerencia del profesor Echauri —camarada Emilio— de que pusiera tierra de por medio y regresara a su ciudad natal, a rodar un documental que le sirviera de trabajo para la asignatura, para el curso siguiente, porque este no estaba matriculado, solo iba de oyente... Y luego el alemán, que había aparecido después de Navidades, comunicando por señas que quería alquilar un cuarto con derecho a cocina, y todos dijeron, vaya, esto parece que se mueve, ha aparecido un rubio como un pino de alto con melenas y gafas redondas que habla malamente y muy bajito, con una carta de recomendación del propio Echauri que dice que va a hacer su tesis sobre etnografía, ¿y eso qué es?, pues tradiciones de pueblo, anda, ¿y eso se estudia?, por lo

visto sí, en Alemania, ah, claro, y viene a estudiarnos a nosotros, ya sabes, la reserva espiritual de Occidente, como si fuéramos poco menos que una tribu africana. *Homo hispanicus*: gritón, bebedor, mujeriego, ventoseador compulsivo, follador interruptus, caótico, llorón emotivo, penitente extremo en días santos...

Pero con el arroz con leche de postre, bien frío, que postres caseros no dejaba de haber en la casa del gobernador civil de la provincia, para cualquier imprevisto, bien espolvoreado de canela, en el paladar de Germán se despertó el gusto infantil de la fiesta grande. Aceptó en su fuero interno ese cambio de vida —muy puntual, se convenció— que suponía un acto de regresión en el tiempo de incalculables consecuencias. Para empezar, habría de pagar el tributo del corte de pelo donde Toño González, no convenía montar un pifostio nada más volver a casa.

Y con este runrún, se iba a retirar a su cuarto de bachiller —¡niñas!, ¿han puesto sábanas limpias en las camitas de la habitación de Germanito?—. Los chicos se despidieron de la anfitriona con besos en el aire junto a cada carrillo, y esta les respondió con un cachete cariñoso, más contundente al hijo biológico que al recién adoptado —¡qué altísimo! y ¡qué rubiales!, pero come un poco más de arroz con leche, majo, que de esto en tu país seguro que no hay—. Y el recibimiento se dio por concluido con esas palabras definitivas a su espalda que a Germán le retumbaron en la cabeza al mismo tiempo que le repatearon el trasero:

—Pero mira tú qué alegría, Germanito, ¡mi niño!, que me ha vuelto a casa por los días santos.